El principito y la semilla

Arturo Rodriguez

Image not found.

Capítulo 1

Basado en la obra de Antoine de Saint-Exúpery

En su búsqueda de los hombres, el Principito se encontró con una semilla.

–Buenos días –dijo la semilla, lo más alegremente que pudo.
–Buenos días –respondió el Principito, un poco extrañado–. ¿Quién eres? O mejor dicho, ¿Qué eres?
–Soy una semilla.
–¿Y qué es una semilla?
–Las semillas encerramos vida.
– Si encierras vida, ¿Qué haces en medio de la nada?
–Estoy buscando dónde crecer.
–¿No puedes crecer aquí? –preguntó el Principito, señalando el vasto desierto.
–No, no puedo –dijo la semilla, con algo de tristeza–. Sólo puedo liberar la vida si me rodeo de ella. ¿Puedes llevarme a un lugar con árboles, o pasto? Creo que con eso sería suficiente.
–Puedo llevarte –dijo el Principito–. Estoy buscando a los hombres, y seguro pasaré por un lugar adecuado para ti.

En lo que caminaban, ambos iban conversando.

–¿Para qué buscas a los hombres? –preguntó la semilla.
–Para hacer amigos –respondió el principito.
–Oh, no pierdas tiempo con ellos, hace tiempo que ya no valen la pena–dijo la semilla–. No tienen un objetivo en sus vidas.
–He visto gente que no tiene objetivo en sus vidas –le dijo a la semilla–. Hay un hombre que sólo bebe porque bebe.
–¿Ves a lo que me refiero? –dijo la semilla, triunfante–. Antes los hombres se entendían muy bien con nosotros, pero luego fueron pensando en sí mismos antes que en todo lo que los rodea. Las semillas como yo tenemos un propósito invariable en esta vida.
–¿Qué es invariable? –preguntó el Principito.
–Nuestra meta es crecer, liberar vida, y que ésta a su vez devuelva el favor a la tierra a través de nuevas semillas.
–Eso es lindo –dijo el Principito–. ¿Qué es invariable?
–Es algo que no cambia nunca. Nuestra tarea en el mundo no ha cambiado en mucho tiempo, y seguirá así. Los hombres, en cambio,

siempre están buscando un significado y objetivo a la vida, y en cuanto lo alcanzan, ya se crearon otro significado y objetivo, creyendo que el anterior era sólo una fase, o bien, porque temen quedar estancados.
–Tiene sentido lo que dices –replicó el Principito–. Pero, ¿ustedes no se aburren de hacer lo mismo siempre?
–Por eso hacemos las cosas diferentes cada vez –dijo la semilla–. Yo hago vida, pero puedo ser una rosa, un roble, ¡o incluso un baobab!

El Principito se sobresaltó, de manera que casi deja caer a la semilla.

–Eso de los baobabs sería mejor dejarlo para otra ocasión –dijo el Principito, algo abrumado–. Pero lo de la rosa suena bien. Yo poseo una rosa en mi planeta…
–¿Tu planeta tiene vida entonces? ¡Qué felicidad! –exclamó la semilla, alegremente–. ¿Crees que puedas llevarme allá?
–Mi planeta es algo hostil; hay tres volcanes y hace mucho frío por las noches. Además es pequeño, si fueras un roble o un baobab, sería desastroso…
–¿Y qué tal una flor?

El Principito, algo apenado, contestó:

–Ya hay una flor en mi planeta, ¡y es tan celosa!...
–Entiendo –dijo la semilla, algo triste–. Supongo que entonces continuaré mi misión aquí en la Tierra. ¡Ya quiero saber lo que seré!
–Entonces, ¿tú no sabes lo que serás?
–No, en eso radica el misterio, y es lo que hace que nuestra misión nunca nos parezca aburrida. Aunque no sepamos lo que seremos, estamos dispuestas a dar lo mejor de nosotras en la forma que nos toque ser. Aquí hay otra diferencia con los hombres, siempre temen a lo que el destino les tiene preparado, y por eso creen saber lo que quieren ser. A veces lo logran, a veces no. Cuando lo logran son dichosos, y cuando no, se sumergen en la más profunda melancolía. Siempre hay que estar preparados para todo.
–Hay que estar preparados para todo –dijo el Principito, con objeto de no olvidarlo.

Luego de caminar, se encontraron en un oasis, con palmeras, hierbas y agua. Guiado por la semilla, el Principito la dejó caer cerca del agua.

–¿Continuarás en tu búsqueda de los hombres? –preguntó la semilla.
–Sí, he visto gente sin objetivo, pero también gente razonable. Este

planeta es muchas veces más grande, y sé que encontraré alguien que piense como tú.
–Supongo que sí –dijo la semilla–. De otro modo, ya no existiríamos.
–Ojalá seas algo hermoso cuando crezcas –se despidió el Principito.
–Eres como una semilla, ¿sabes? Has salido de tu planeta en busca de tu destino, sin saber siquiera si vas a volver. Eso es valentía. Espero que tú también seas algo hermoso cuando crezcas –se despidió la semilla.

El Principito se alejó del oasis, mientras pensaba en lo que la semilla le dijo. “Las semillas son, realmente, muy sabias”.